# La recuperación estadounidense de Filipinas

WALDEN BELLO :: 08/06/2023

El acuerdo también anuncia el regreso de otro largo hilo de la historia filipina: los estrechos y complejos lazos entre el Estado estadounidense y la familia Marcos

Cuando a principios de febrero saltó la noticia de que el presidente filipino, Ferdinand Marcos Jr., había llegado a un acuerdo que permitía a EEUU ampliar drásticamente su presencia militar en el archipiélago, mucha gente reaccionó con sorpresa. Después de todo, la relación del ejército estadounidense con Filipinas es un tema políticamente delicado, y Marcos había manifestado su deseo de mantenerse al margen de la rápida escalada del conflicto entre EEUU y China, conflicto que está alimentando la expansión de Washington en la región. El anuncio del acuerdo, por el que se permitirá a EEUU ocupar cuatro bases militares además de las cinco que ya posee, se produjo justo un mes después de lo que en Filipinas se consideró una visita triunfal de Marcos a Pekín, en la que supuestamente consiguió 22.800 millones de dólares en promesas de inversión e intercambió cálidas palabras con el presidente Xi Jinping.

Pero quienes han seguido la relación de la familia Marcos con EEUU –o, de hecho, la larga saga de la intervención estadounidense en Filipinas– no se sorprendieron. El acuerdo no fue tanto una audaz ruptura con el statu quo como un recordatorio de una relación colonial –primero explícita y luego implícita– que ha existido durante más de un siglo.

Cuando EEUU se anexionó Filipinas a finales del siglo XIX, lo hizo principalmente por la oportunidad que le brindaba de proyectar su poder naval sobre la vasta masa de tierra asiática. Las bases militares que Washington estableció allí se convirtieron en la prueba más visible de la presencia estadounidense tras la independencia nominal de Filipinas en 1946, y su inoportuna existencia generó un movimiento nacionalista que buscaba la retirada de EEUU de las islas, que finalmente se produjo a principios de la década de 1990. Desde entonces, EEUU ha ido encontrando nuevas formas de mantener su influencia, y con este acuerdo anuncia que está de vuelta, casi como venganza. Todo ello equivale nada menos que a la recuperación estadounidense de Filipinas, casi 125 años después de que EEUU se hiciera por primera vez con el control de las islas.

El acuerdo también anuncia el regreso de otro largo hilo de la historia filipina: los estrechos y complejos lazos entre el Estado estadounidense y la familia Marcos.

Por razones personales, políticas y financieras, Marcos tiene mucho interés en no enojar a Washington, incluso si eso significa dar al Pentágono una mayor capacidad para dirigir la orquesta en su país.

Es mala suerte para Filipinas que Marcos sea presidente en un momento en que Washington se propone maximizar el valor estratégico del país.

Si la geografía marca el destino, Filipinas es la prueba. Quizá nadie captó mejor su valor geopolítico duradero que el general Arthur MacArthur (padre del famoso Douglas), que

dirigió la expedición estadounidense que sometió el país en 1899. Filipinas, escribió el mayor de los MacArthur,

> es el mejor grupo de islas del mundo. Su situación estratégica no tiene parangón en el globo. El Mar de China, que lo separa unas 750 millas del continente, no es ni más ni menos que un foso de seguridad. Se encuentra en el flanco de lo que podría llamarse varios miles de millas de costa; es el centro de esa posición. Por lo tanto, está relativamente mejor situada que Japón, que está en un flanco; al igual que la India, en otro flanco. Ofrece un medio de proteger los intereses estadounidenses que, con el mínimo despliegue de poder físico, tiene el efecto de una posición dominante en sí misma para retrasar la acción hostil.

Estas palabras suenan muy actuales, ya que Filipinas vuelve a ser un peón clave en la estrategia cada vez más militarizada de Washington para contener a China.

Tanto Manila como Washington mantienen la ficción de que el acuerdo recientemente anunciado no crea bases estadounidenses, sino que proporciona a Washington «acceso a las bases filipinas». (Las cinco bases que EEUU ya controla también se administran bajo este tecnicismo).

Esta farsa es necesaria porque el Artículo XVIII, Sección 25, de la Constitución filipina, que fue adoptada en 1987 tras la destitución del anciano Marcos, establece que «no se permitirán bases, tropas o instalaciones militares extranjeras en Filipinas salvo en virtud de un tratado debidamente consensuado por el Senado». Además, vestir las bases con ropajes filipinos significa que EEUU no tiene que pagar por ellas, lo que retrotrae al país a principios de la década de 1970, cuando Washington mantenía la extensa base aérea de Clark y la estratégicamente situada base naval de Subic Bay, junto con una serie de instalaciones militares más pequeñas, sin compensar a Filipinas.

El establecimiento de varias bases extranjeras nuevas ha desconcertado a muchos que aún tienen vivas las imágenes de la precipitada salida de EE.UU. de las enormes bases de Subic Bay y Clark en 1991 y 1992. Aunque esa salida –que supuestamente marcó el final de la presencia militar estadounidense en la región– se ha atribuido en gran medida al rechazo por el Senado filipino del acuerdo sobre bases negociado entre Washington y la administración de la presidenta Corazón Aquino, otros tres factores desempeñaron un papel importante.

Uno fue la erupción del volcán Pinatubo en 1991, que Washington consideró que perturbaría gravemente las operaciones en Subic Bay y Clark, ambas situadas bastante cerca del volcán. Otro fue el colapso de la Unión Soviética ese mismo año, que supuso la casi desaparición de la flota soviética del Pacífico como principal competidor del poder naval estadounidense en la zona. Una tercera fue la alianza de facto entre China y Washington, un elemento clave de la cual fue la política de Deng Xiaoping de adoptar un perfil militar bajo y centrarse en el desarrollo económico con la ayuda del capital estadounidense. Todas estas consideraciones contribuyeron a la decisión de Washington de poner un tope al alquiler que estaba dispuesto a pagar para conservar las bases, lo que llevó

a muchos senadores filipinos a rechazar el acuerdo por orgullo nacional.

Fue durante este mismo periodo –principios de los noventa, marcados por la complacencia de Washington hacia Filipinas– cuando China empezó a mover ficha en el Mar de China Meridional. El paso más significativo fue la ocupación sigilosa del Arrecife Mischief, que se encontraba dentro de la Zona Económica Exclusiva (ZEE) de Filipinas, con el pretexto de construir «refugios contra el viento» para los pescadores chinos. Lo más probable es que fuera el aumento de la actividad china en la zona, junto con la agudización del conflicto entre China y Taiwán en 1995 y 1996, lo que motivó a EEUU a restablecer una presencia militar activa en Filipinas.

En 1998, EEUU y Filipinas firmaron un nuevo Acuerdo de Fuerzas Visitantes, que preveía el despliegue periódico de miles de soldados estadounidenses para participar en ejercicios militares con sus homólogos filipinos. A esto le siguió lo que finalmente se convirtió en un despliegue permanente de fuerzas especiales estadounidenses en la isla de Basilan, al sur de Filipinas, como parte de la Guerra contra el Terror del Presidente George W. Bush. Al igual que las bases extranjeras, la Constitución prohíbe el estacionamiento permanente de tropas extranjeras en Filipinas, por lo que, para eludir la prohibición, las Fuerzas Especiales y otras tropas estadounidenses se presentaban en el país como «en rotación» para participar en ejercicios con tropas filipinas y proporcionarles «asesoramiento técnico», y sin autoridad para utilizar armas de fuego salvo en defensa propia.

Las incursiones territoriales de China se hicieron más audaces y frecuentes en la década de 2000, y en 2009 presentó a las Naciones Unidas su polémico mapa de la Línea de los Nueve Guiones. El mapa reclama como territorio chino alrededor del 90% del Mar de China Meridional, incluidas secciones significativas de las ZEE de cinco Estados del Sudeste Asiático: Vietnam, Malasia, Indonesia, Brunei y Filipinas. Las cosas llegaron a un punto crítico durante la administración del presidente Benigno Aquino III, que ocupó el cargo de 2010 a 2016. Los buques guardacostas chinos empezaron a expulsar agresivamente a los pescadores filipinos de sus caladeros tradicionales.

Uno de los más ricos era Scarborough Shoal, a unas 138 millas de Filipinas, es decir, dentro de las 200 millas de la ZEE del país. Tras un enfrentamiento de dos meses entre buques chinos y filipinos en 2012, los chinos acabaron apoderándose del banco.

La respuesta de Aquino fue doble. La primera fue elevar la cuestión al Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya, que finalmente declaró inválidas las reclamaciones de China. Como era de esperar, China no reconoció el fallo del tribunal. La medida más importante de la administración Aquino fue la firma del Acuerdo de Cooperación Reforzada en materia de Defensa (EDCA) con la administración Obama. El acuerdo –que utiliza las soluciones habituales para eludir la prohibición de bases extranjeras– no impone límites al número de bases, armamento o tropas que EEUU puede tener en el país, aunque prohíbe explícitamente la entrada de armas nucleares. Presentado como un acuerdo ejecutivo y no como un tratado, el acuerdo provocó la ira de los nacionalistas filipinos, que exigieron la aprobación del Senado. Sin embargo, el Tribunal Supremo se puso del lado del gobierno y dictaminó que el acuerdo no era un tratado y, por tanto, no necesitaba la aprobación del Senado.

La elección del presidente Rodrigo Duterte en 2016 se anunció como un cambio radical en las relaciones entre EEUU y Filipinas. Duterte se acercó a China, restando importancia al fallo de La Haya y negándose a defender a los pescadores filipinos expulsados de sus caladeros tradicionales por los guardacostas chinos. También promovió con éxito una imagen populista antiestadounidense aprovechando el trasfondo de resentimiento por la subyugación colonial que siempre ha coexistido con la admiración por EEUU en la psique filipina.

Sin embargo, a pesar de todas sus posturas antiestadounidenses, Duterte ladraba más que mordía. No interfirió en la estrecha relación entre los ejércitos estadounidense y filipino, que entró en juego cuando las fuerzas especiales estadounidenses ayudaron a las tropas filipinas en la sangrienta recuperación de la ciudad meridional de Marawi de manos de los fundamentalistas musulmanes en 2017. Tampoco cumplió su promesa de 2020 de derogar el Acuerdo de Fuerzas Visitantes.

De hecho, al final de su mandato, Duterte ensalzó el Acuerdo de Fuerzas Visitantes, expresó su aprobación del pacto de seguridad AUKUS, que une a Australia, el Reino Unido y EEUU, restableció el Diálogo Estratégico Bilateral entre Filipinas y EEUU e inició una ampliación de las maniobras militares conjuntas con EEUU. Aunque no repudió su estrecha relación con China, Duterte puso fin a su presidencia en junio de 2022 en un clima de cordialidad con Washington que contrasta fuertemente con la amarga disputa con Barack Obama con la que inició su mandato.

Uno de los principales problemas que impulsan la presencia estadounidense en Filipinas es el estatus irresuelto de Taiwán, en el extremo norte del Mar de China Meridional.

Aunque EEUU reconoció a Pekín como único gobierno de China en 1979, se comprometió a seguir vendiendo armas a Taiwán y dejó deliberadamente (o, como dicen algunos, «estratégicamente») en la ambigüedad lo que EEUU haría si China afirmara por la fuerza su soberanía sobre la isla.

Aunque Pekín considera innegociable su soberanía sobre Taiwán, su estrategia ha consistido en promover la integración económica a través del estrecho como principal mecanismo que conduciría finalmente a la reunificación. En Taiwán, sin embargo, ser duro con Pekín tiene mucho éxito entre los votantes, y nada lo tiene mejor que la amenaza de declarar la independencia formal o asumir los atributos de una potencia soberana. Cada vez que los líderes taiwaneses muestran este tipo de comportamiento, Pekín se siente obligado a ponerlos en su sitio.

En determinadas circunstancias, Pekín ha ido más allá de las palabras y ha recurrido al envío de misiles a las aguas que rodean Taiwán. La visita del presidente de Taiwán, Lee Teng Hui, a EEUU en 1995 fue una de esas ocasiones, como lo fue, más recientemente, la visita de la entonces presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, a Taiwán en agosto de 2022. Aunque ambos acontecimientos crearon crisis diplomáticas, el primero tuvo consecuencias estratégicas trascendentales.

En 1995, China lanzó ejercicios con misiles para escarmentar a Taiwán tras la visita de Lee a EEUU. Volvió a hacerlo en 1996, después de que Taiwán celebrara sus primeras

elecciones presidenciales democráticas. La administración Clinton respondió enviando dos superportaaviones, el USS Independence y el USS Nimitz, al estrecho de Taiwán en marzo de 1996. Fue la mayor demostración de poderío estadounidense en la región desde la guerra de Vietnam, y pretendía subrayar la determinación de Washington de defender Taiwán por la fuerza. La intervención de Washington supuso un jarro de agua fría para Pekín, ya que puso de manifiesto lo vulnerable que era la región costera del este y sureste de China, el corazón industrial del país, ante la potencia de fuego naval estadounidense.

Fue esta toma de conciencia la que impulsó el cambio en la estrategia china que se ha venido desarrollando en las dos últimas décadas. Como señala el analista Gregory Poling, «se puede trazar una línea recta desde la humillación [de la Armada del Ejército Popular de Liberación] en 1996 hasta su estatus de casi par con la Armada estadounidense en la actualidad.»

En general, la postura estratégica de China sigue siendo defensiva, pero en los mares de China Oriental y Meridional, el país inició una «ofensiva táctica» destinada a ampliar su perímetro de defensa contra el poder naval y aéreo estadounidense. Escribe el analista de defensa Samir Tata:

> Como potencia terrestre, el Imperio del Centro no tiene que preocuparse por la improbable posibilidad de un asalto convencional estadounidense al continente mediante un desembarco anfibio por mar, el lanzamiento de tropas en paracaídas por aire o la marcha de una fuerza expedicionaria por una ruta de invasión terrestre. A lo que sí es vulnerable es al control estadounidense de los mares fuera de los límites marítimos chinos de 12 millas náuticas. Desde ese punto de vista marítimo sobre el horizonte, la armada estadounidense tiene la capacidad de paralizar la infraestructura china a lo largo de la costa oriental mediante bombardeos de largo alcance, misiles y bombardeos aéreos no tripulados.

En respuesta a este dilema, China ha desarrollado una estrategia de defensa «avanzada» consistente en ampliar el perímetro de defensa marítima del país y fortificar las islas –y otras formaciones en el Mar de China Meridional que ahora ocupa o ha arrebatado a Filipinas– con sistemas de misiles antiaéreos y antibuque (A2/AD, o «anti-access/area denial» en lenguaje militar) diseñados para derribar misiles y aviones hostiles en los pocos segundos antes de que alcancen tierra firme.

Aunque la intención estratégica del A2/AD es defensiva, lo que ha enfurecido a los vecinos de China es la forma unilateral en que Pekín lo ha implantado, sin apenas consultar y en clara violación de acuerdos tan importantes como la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar.

Los actos unilaterales de Pekín en el mar de la China Meridional han proporcionado munición a la estrategia de contención estadounidense hacia el país, operativa desde los años de Obama. Pero la retórica de Washington está suscitando ahora preocupación entre algunos gobiernos de la ASEAN, o Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, por verse arrastrados a una confrontación regional que no redunda en su interés.

Especialmente alarmante ha sido el reciente memorando filtrado del general Mike Minihan, que dirige el Mando de Movilidad Aérea estadounidense, en el que declaraba: «Mi instinto me dice que [lucharemos] en 2025». Minihan, cabe señalar, no es el primer miembro del mando estadounidense que predice un conflicto con China en un futuro próximo. El almirante Michael Gilday, jefe de operaciones navales, dijo en octubre de 2022 que EEUU debía prepararse para luchar contra China en algún momento de ese año o en 2023. Incluso antes, el jefe del Mando Indo-Pacífico estadounidense, almirante Philip Davidson, dijo que la amenaza china a Taiwán se «manifestaría» en los próximos seis años, hacia 2027.

Incluso sin esas declaraciones, el nivel de actividad hostil de todas las partes en la disputa del mar de China Meridional ha sido alarmante. Durante una visita a Vietnam que realicé como congresista filipino en 2014, altos funcionarios vietnamitas expresaron su preocupación por el hecho de que, debido a la falta de reglas de enfrentamiento acordadas, una colisión de buques de guerra estadounidenses y chinos «jugando a la gallina» –según ellos, algo habitual– podría escalar inmediatamente a un nivel de conflicto más intenso.

Al igual que Filipinas, Vietnam ha criticado las maniobras de Pekín, y sus barcos han intercambiado disparos de cañones de agua con buques guardacostas chinos en el Mar de China Meridional. Sin embargo, la postura agresiva de la administración Biden ha llevado a Hanoi a asumir una postura de neutralidad en cualquier enfrentamiento entre superpotencias que se esté gestando. En una reciente visita a Pekín, el secretario general del Partido Comunista vietnamita, Nguyen Phu Trong, aseguró al presidente chino, Xi Jinping, que su gobierno seguiría ateniéndose a su enfoque de los «Cuatro Nos» en política exterior en la región: es decir, que Vietnam no se uniría a alianzas militares; no se pondría del lado de un país contra otro; no daría permiso a otros países para establecer bases militares ni utilizaría su territorio para llevar a cabo actividades militares contra otros países; y no utilizaría la fuerza –ni amenazaría con utilizarla– en las relaciones internacionales.

Pero Filipinas no es Vietnam, y Marcos no ha discernido el interés nacional en sus años como político, y mucho menos lo ha defendido. En ese frente se queda corto incluso comparado con Duterte, que afirmó que se convirtió en nacionalista mientras estudiaba en la universidad en la década de 1960.

Sin embargo, Marcos es muy consciente de lo mucho que se juega él y su familia si toma la decisión equivocada en el conflicto cada vez más intenso entre Washington y Pekín.

Se dice que los miembros de la dinastía Marcos se han mostrado recelosos de visitar EEUU desde la última vez que lo hicieron, a principios de la década de 1990, después de llegar allí como exiliados tras el levantamiento que derrocó a Ferdinand Marcos padre en 1986. El motivo es una orden de desacato de 353 millones de dólares contra el joven Marcos en relación con una sentencia de un tribunal estadounidense que concedía una compensación económica del patrimonio de Marcos a las víctimas de violaciones de los derechos humanos durante la dictadura. Marcos ha evitado cumplir la orden de desacato, emitida por el tribunal de distrito estadounidense de Hawái en 2011. Un nuevo juez prorrogó la orden hasta el 25 de enero de 2031, lo que expondría a Marcos a ser detenido cada vez que visite EEUU durante su mandato, que finaliza en 2028.

Marcos tampoco puede ignorar cómo EEUU, con su influencia mundial, ha podido congelar a menudo los activos de personas vinculadas a regímenes que considera indeseables, siendo el ejemplo más reciente las posesiones de oligarcas rusos relacionados con el presidente Vladimir Putin a raíz de la invasión rusa de Ucrania. La familia Marcos tiene entre 5.000 y 10.000 millones de dólares en propiedades y otros activos distribuidos por todo el mundo, en lugares como California, Washington, Nueva York, Roma, Viena, Australia, las Antillas, Holanda, Hong Kong, Suiza y Singapur. Estar en el lado equivocado de EEUU, especialmente en una disputa tan central como el conflicto entre EEUU y China, podría tener consecuencias financieras devastadoras para la familia Marcos.

Con esta verdadera espada de Damocles pendiendo sobre él, Marcos no es alguien que se atrevería a cruzarse con Washington. De hecho, cuando se trata de negociar un camino independiente entre dos superpotencias, es la persona equivocada en el lugar equivocado en el momento equivocado, que es otra forma de decir que, desde el punto de vista de Washington, es la persona adecuada en el lugar adecuado en el momento adecuado. Casi 125 años después de que el almirante George Dewey hiciera su gran entrada en la bahía de Manila, desencadenando una cadena de acontecimientos que terminó con la colonización del país, Filipinas –gracias en gran medida a Marcos– ha vuelto a su poco envidiable estatus de posesión estratégica de EEUU.

*elviejotopo.com*

---

*https://www.lahaine.org/mundo.php/la-recuperacion-estadounidense-de-filipinas*